

CORRERÍAS PIRENAICAS

BELAGUA

POR VICTOR MUEZ ORORBIA

Desde hacía mucho tiempo tenía la ilusión de poder cualquier día coronar las majestuosas cimas del Pirineo Navarro; nació esta idea a raíz de una excursión con el Club Deportivo Navarra al pintoresco valle de Belagua, en la que realicé la ascensión del pico denominado Paquiza de Linzola, de 2.100 metros de altura. Para el que no conoce más que las sierras de Aralar, Andía, Urbasa y otras de su estilo y categoría, como me sucedía a mí en aquel entonces, al contemplar por vez primera las altas cimas del Pirineo, con sus grandes moles rocosas, cortes y picachos descomunales, neveros por doquier en pleno verano, ansia poder llegar a todas las alturas para abarcar desde ellas el fantástico paisaje que desde ellas se domina.

En mi ascensión a la Paquiza de Linzola estudié detalladamente, por encontrarse relativamente cercanos, los picos de Anie y Mesa de los Tres Reyes, pensando en la posible ascensión a los mismos, así como a los cercanos Arlas, Budoguía, Petrechema, Acherito, etc., etc., que resumen lo mejor de nuestro montañismo. Más al fondo se divisaba el Pirineo Aragonés, con altitudes mayores que las nuestras, Midí, Gran Facha, Balaitus, e infinidad más de otros picos para mí desconocidos y que también me atraían. Ante este vasto panorama nació la idea de pasar unos días en pleno Pirineo, si no en los lejanos a nuestro querido Pamplona, cuando menos en el bonito Valle de Belagua, y de esta forma empezar aprendiendo bien lo de casa, al par que nos curtimos en el montañismo de altura.

Y así preparada la marcha de antemano, provistos de nuestra tienda de campaña, para evitarnos la ascensión diaria desde el valle, y con los billetes de «La Roncalesa» en el bolsillo, abandonábamos Pamplona con un tiempo estupendo y unas ganas de encontrarnos ya en nuestro elemento: el monte. Aproximadamente a mediodía llegamos a Isaba, y rápidamente nos pusimos al habla con el propietario de un taxi para trasladarnos hasta el Valle de Belagua, distante diez kilómetros del lugar, pues el calor arreciaba de firme y nuestras mochilas, provistas de comida para varios días, no eran precisamente pluma que lleva el viento. Tuvimos suerte porque el pequeño «Ford» creo que estaba ya curtido en estos viajes, pues no sólo nos llevó hasta el mismo valle, allá donde termina la carretera propiamente dicha, sino que atravesando el cauce del río continuó por el ancho camino que ante él se abría, y sorteando obstáculos, pasando un pequeño bosque, y venciendo «rugosidades» del terreno, nos llevó hasta la última borda del valle. Mientras comíamos en ella, nos informaron sobre el camino a seguir, que es lla-

PYRENAICA

mado de Larrería, y por él iniciamos la subida por entre arbolado en la misma falda de Lapazarra. A los tres cuartos de hora aproximadamente, llegamos a una gran roca, señalada con un letrero de fuente. Entramos en su interior, pues la fuente se encuentra en la cueva de la roca, y en el mismo centro, disimulada por su color y la poca visibilidad, queda la fuente de Anchomarro. Llenamos las cantimploras y proseguimos la marcha. Ahora el camino asciende en zig-zag por un fuerte repecho entre árboles. Nos encontramos con un pastor quien nos dice que para llegar al lugar de acampada elegido nos queda poco, pues lo peor ya hemos hecho. Efectivamente, pronto llegamos al collado de Larrería, dando vista a Larra, y siguiendo el camino entre rocas pronto en un pequeño llano establecemos el campamento y plantamos nuestra tienda. Como tenemos bastante tiempo ascendemos al pico cercano, que desconocíamos, y que resultó ser Lapazarra, desde donde presenciábamos un bello atardecer de verdadero ensueño que... tenemos que interrumpir porque se nos olvidó la cocinera y tenemos que preparar la cena.

Ya bajo la lona cambiamos algunas impresiones sobre las ascensiones a realizar, y rápidamente nos quedamos dormidos. Sólo llevaríamos unas dos horas de profundo sueño, cuando un estrepitoso y horrisono trueno nos despertó, mientras gruesas gotas de lluvia rebotaban sobre la tienda. La tormenta fue incrementándose, y al poco rato vivíamos la mayor tormenta conocida por los tres, pero que quizá sea vulgar y corriente en el Pirineo: los truenos, grandiosos y profundos, resonaban en toda la amplitud de Larra, al mismo tiempo que los rayos iluminaban instantáneamente, con lívido color, la blanca caliza de los grandes picos. Para colmo de calamidades, como no habíamos previsto el cambio de tiempo, no hicimos las zanjas en torno a la tienda, y justo por la parte central empezó a invadirla el agua. Gracias a Dios pronto empezó a disminuir el furor de la tormenta, y nuevamente acostados pudimos volver a conciliar el sueño, mientras fuera la noche se serenaba y volvía a renacer la calma.

ASCENSION DE BUDOGUIA.—Amanece el día gris; la niebla muy baja nos hizo temer que perderíamos un día alrededor de la tienda, empleando la mañana en buscar una fuente, que al fin, y a pesar de la niebla, encontramos al pie de Lapaquiza. Volvimos a nuestro campamento con la provisión de agua y, mientras comemos, la niebla comienza a levantarse. A las dos decidimos salir, sin dejar los chubasqueros por lo que pudiera ocurrir, y ascendiendo por la falda de Lapaquiza, tomamos un camino marcado con montones de piedras sobre las rocas, que nos conducen a un pequeño valle denominado «La Solana», al pie del Budoguía. Subimos por un fuerte repecho de rocas sueltas y lisas, ganando considerable altura. La niebla se ha levantado lo suficiente para dominar una vista preciosa. Nos encontramos junto a una pared rocosa, que tenemos que escalar, con grandes salientes que nos ayudan a salvarla con facilidad, separándonos de la misma cima una pequeña y suave pendiente, que en pocos minutos rebasamos. Hemos conseguido los 2.304 metros de altura, la mayor alcanzada por el pequeño grupo que constituimos, y nuestras miradas se escapan hacia la Mesa de los Tres Reyes, medio velada por la niebla, a la que no podemos llegarnos por lo entrada de la tarde. El fuerte aire que aquí arriba nos azota, nos quita las ganas de permanecer en la cima, y, cambiando de recorrido, bajamos por grandes rocas y neveros por la parte de Larra, para tomar el camino de la mañana en La Solana, que nos res-

PYRENAICA

tituye al campamento. Inmediatamente cenamos, tras los quehaceres del arte culinario, y pensando en una noche mejor que la anterior, nos quedamos rápidamente dormidos.

ASCENSION AL ANIE.—Hoy tenemos más suerte porque el día amanece raso. Muy temprano salimos camino de nuestro objetivo. Antes, nuestro ya amigo pastor, nos da unas indicaciones precisas para atravesar Larra y salir al collado de Insole. Tomamos el camino indicado, que pasa bajo Puerto Rico y Budoguía, que quedan a mano derecha, para salir a una gran extensión rocosa con abundantes altibajos. Nos situamos al pie de la sierra de Añelarra, y seguimos, por sendero, en dirección al portillo. Al coronarlo, nos hemos desviado del camino verdadero bastante hacia la derecha, y tenemos que lanzarnos por una cascajera imponente para salvar un desnivel bastante considerable. Por fin nos encontramos en el collado de Insole, que se caracteriza por unos... llamémosle ibones, que si no son muy grandes al menos resultan bonitos.

Dejamos junto a ellos las mochilas y, tras consultar con un pastor francés, que apacienta su rebaño en aquellas alturas, el punto vulnerable y mejor de la ascensión, nos indica por la arista N. de la parte donde nos encontramos. Ascendemos por una ladera de fuerte pendiente, pasando por una gran cascajera hasta el pie

Budoguía, entre Lapazarra y Lapakiza de Linzola, desde el Valle de Belagua.

(Foto Ripa)



PYRENAICA

de la cima rocosa. Bordeamos, a la derecha, para salvar la enorme roca, saliendo a una chimenea de unos ocho metros, bastante delicada, pues la roca está en descomposición y se desprende fácilmente al agarrarse o pasar sobre ella. A estas alturas la niebla, cosa no extraña, nos envuelve y descrita en el camino a seguir. Sin rumbo fijo, a solas con nuestro entusiasmo que nos remonta por todas las moles rocosas que nos salen al paso, llegamos hasta una que al otro lado sólo queda el vacío: estamos en la misma cima, a 2.504 metros de elevación.

Nos felicitamos efusivamente por ser la mayor altura conquistada por los tres, y que por su dureza y dificultades equivale a tomar la «alternativa» de verdadero montañero. La niebla y el fuerte viento no nos hacen la estancia en la cima agradable, y la abandonamos con verdadera pena porque el mal tiempo nos ha impedido gozarla. Bajamos con mucha precaución hasta la cascajera, que se convierte en estupendo patín. Sobre las tres y media de la tarde llegamos a las mochilas, que entran rápidamente en acción por el hambre que llevamos. De regreso tomamos bien el camino, pasamos por Larra con sus señales de piedras, y en las proximidades de Puerto Rico nos envuelve la niebla, que al llegar a la tienda suelta una llovizna menuda. Pensamos en la noche que nos aguarda y en realidad quedamos profundamente dormidos.

ASCENSION A LA MESA DE LOS TRES REYES.—Amanece el día mejor que el anterior, pues está completamente despejado. Como en días pasados coronamos la cima de Budoguía. Y dando la vista al frente, donde se levanta airosa la mole de la Mesa, caminamos en su dirección, descendiendo levemente a mano izquierda para salvar unos enormes cortes en la roca. Una vez al pie de la cima, tenemos que vencer un fuerte repecho, muy pendiente, para encaramarnos en la altura mayor de Navarra, con sus 2.434 metros. En el buzón no encontramos nada, pero en unas rocas hay unas inscripciones de montañeros franceses del Club Lescún, junto a las que grabamos las nuestras como recuerdo de nuestra ascensión.

La permanencia en la cima se nos hace corta, por las muchas cimas y cotas que brinda a la contemplación, a la par que el tiempo tan magnífico invita a quedarse en la altura, mientras contemplamos con verdadera admiración el resto del Pirineo. Pero llega la hora del regreso y con mucho sentimiento iniciamos la bajada. La hacemos por camino distinto al de subida, pero bastante mejor. Encontramos un pequeño portillo cerca de la cima, que sale a un barranco detrás de la Mesa y Budoguía, al que descendemos. Tomamos el camino de La Solana, por entre grandes cascajeras y enormes rocas desprendidas de las crestas, y torciendo a la derecha, salimos a la fuente donde dejamos las mochilas por la mañana. Comimos tranquilamente alargándose la «sobre-fuente» hasta bien entrada la tarde. Después y por el camino conocido volvimos a la tienda, no sin antes recoger agua en la fuente de La Paquiza.

ASCENSION A LACORA Y REGRESO A PAMPLONA.—Con mucha pena hemos visto llegar el último día de permanencia en estos montes roncaleses. Mucho nos habían dicho de ellos, pero en realidad, y a pesar de la poca suerte con el tiempo, nos han gustado muchísimo más. ¡Y nos quedan tantas alturas por vencer! ¡Y tantos vericuetos por recorrer!, que aún no nos hemos despedido de ellos y ya comienza a renacer en nosotros la esperanza de volver pronto.

PYRENAICA

Nos levantamos antes que los días anteriores, pues hoy tenemos más recorrido, con más peso, y además contra reloj. Recogida la tienda, y metidos los utensilios de cocina en nuestras mochilas, para las ocho de la mañana, con un sol espléndido, nos ponemos en marcha. Conforme caminamos nos despedimos del pastor, que también hoy nos ha puesto en camino. Nos internamos por el bosque llevando a mano izquierda la mole de Lapazarra, que debido al arbolado que nos cubre resulta en algunos momentos invisible, lo que unido a privarnos de todo horizonte, hace que andemos algunos momentos desorientados. Tenemos que salvar algunas rocas considerables dentro del mismo bosque, hasta que al fin salimos a un trozo despejado de árboles, donde encontramos un camino carretil que seguimos. El bosque termina, y salimos a la base de Lácora con un piso estupendo de césped, todavía más de agradecer porque el recorrido todos estos días era completamente rocoso, y por eso apreciamos más el cambio. Dejamos las mochilas en una fuente al pie del pico para emprender la ascensión. Ahora encontramos agua en abundancia. El repecho que se salva es muy fuerte, y pasando por varias fuentes, llegamos a un portillo que da vista a la explanada francesa. Seguimos a la izquierda para ganar el pico, pero como más adentro queda otro también lo visitamos, gozando desde el mismo de sorprendente panorámica sobre el Pirineo, que nos hace trazar «in mente» mil planes para un futuro inmediato.

La bajada es fácil, fuerte pendiente con piso de hierba, y pronto estamos de nuevo junto a las mochilas. Siguiendo la pisada senda hacia el Oeste, donde destaca la mole de Lacarchela, pronto se inicia el rápido descenso que, pasando a junto la típica borda roncalesa de Juan Pito, alcanza el llano en la ermita de Arraco, a la que llegamos a mediodía, rezando el Angelus de corrida por que el tiempo que nos queda lo tenemos contado.

Atravesamos el valle a grandes pasos, precisamente cuando el sol en todo su esplendor nos hace sentir toda su fuerza. Nos lavamos un poco y salimos disparados camino de Isaba. Los diez kilómetros de carretera se nos hacen muy pesados, sobre todo teniendo en cuenta que estamos desde las ocho de la mañana sin parar, y que las mochilas pesan más que lo corriente, aunque menos naturalmente que el día de llegada. Además, la tienda de campaña la tenemos que llevar por riguroso turno, y, aunque envuelta en su funda, pesa sus cinco kilos, que a nosotros nos parecen cien veces más. Con todo, nuestro entusiasmo no decae, y a cada momento nos deleitamos en la contemplación de las maravillas que la Naturaleza por doquier nos depara.

Ya en Isaba alcanzamos con tiempo suficiente la Roncalesa, que hace el servicio con Pamplona, pues sale a las cuatro de la tarde. En marcha pasamos los pueblos y paisajes del recorrido, en rápido cambio de ambiente y características. Subiendo el alto de Loiti, desde tierras de cereal, hoy en día cubierta de rastros amarillos, nos es dado contemplar, allá en la lejanía, los picos y sierras en cuyo contacto hemos vivido estos días, junto con otros muchos del Pirineo, que en su día pensamos dominar. Después, y conforme se va cerrando la noche, entramos en Pamplona, todavía en nuestras retinas al verdor y belleza del bonito valle de Belagua con sus cimas que lo rodean, donde tenemos que volver a la realidad de calles, casas, coches, trabajo... vida de ciudad.